

Cosas mías y de ustedes

Los amigos, el cinismo, las mecanógrafas, y la dedicatoria.

Lectores, me parece que soy un cínico y además de esto, tengo un amigo que se llama Juan, cosas que a mi parecer son perfectamente compatibles.

¿Quién de ustedes no tiene un amigo que se llame Juan? ¿Verdad que no hay ninguno?

En cambio, es mucho más difícil intimar con uno que se llame Melquiades o Restituto.

Pues como les decía, mi amigo Juan actúa de secretario particular mío y ya escribe a máquina, algunas cosillas que yo le dicto, cuartillas a medio emborronar, cartas amorosas, contratos de inquilinato, etc. etc.

A pesar de que ya casi no se equivoca al escribir, pronto pienso decirle que no necesito sus servicios, pues en cuanto tenga poca correspondencia que despachar y menos perogrulladas que escribir, (o sea en cuanto tenga más tiempo libre) admitiré en mi despacho una mecanógrafa jovencita, que sea algo agraciada de rostro y que además tenga los ojos azules, pues debo advertir que me encantan las mecanógrafas de ojos azules.

Con esto no quiero decir que me disgustan las que los tienen verdes, castaños, negros, amarillos o colorados... ¡nada de eso!

¡Ah! ¿pero se han sorprendidos ustedes por lo de amarillos o colorados? ¡que disparate!; yo he visto ojos de ese color pero no recuerdo donde; no sé si fué en sueños o en una postal que me regalaron el día de mi cumpleaños.

Bueno... si mi memoria no me es infiel (hasta el momento actual ha tenido más fidelidad que uno de San Bernardo), les anticipé a ustedes que soy un cínico, y voy a tratar de demostrárselo.

La otra noche, al filo de las dos y veinticuatro minutos de la madrugada y cuando ya comenzaba a abandonarme plácida y sosegante en brazos de Morfeo, me acordé repentinamente de la conversación que aquella tarde había sostenido con un gran escritor íntimo amigo mío que entre otras cosas me decía:

«A nosotros los novelistas nunca nos faltan admiradores y lo que es mejor aún, admiradoras, ya solicitando que le dedique-

mos unas líneas o un retrato, y algunos, hasta una novela.

De vez en cuando recibimos una misiva perfumada solicitando una entrevista, que por regla general añade que la demandante es joven y guapa, y esta ya nos figuramos de quien pueden ser: de la esposa abandonada por su marido, de la joven romántica que lee por las noches en el balcón a la pálida luz de la luna o de la pervertida moral y físicamente; buscadora insaciable de emociones».

«Yo, hace algún tiempo—continué después de haber hecho una pequeña pausa—que estoy alejado de la literatura como tú sabes y por tanto, ahora, es raro que reciba cartas femeninas; pero el otro día agradablemente sorprendido contemplé entre el montón de cartas que tenía sobre la mesa, un elegantísimo sobre alargado, que ostentaba en uno de sus ángulos una corona ducal y me apresuré a abrirlo».

Mi amigo buscó en sus bolsillos el susodicho sobre y me lo entregó para que leyese lo que dentro había

Era una perfumada esquela, escrita por una cara, con letra desigual y numerosas faltas de ortografía, que decía así;

«Tenga usted la bondad de yegar asta el final. Ace lla tiempo que venía con la idea de tener una novela dedicada a mí, para poder enseñarsela a mi novia.

Me yaman Pablo Garrido, aunque en mi pueblo me decían "el berzote" por que bendia berzas mi señorita la duquesa habla muy bien de usted, pues sabra usted que soy el lacayo de la duquesa de X

«Asi pues si me manda algo dedicado a mi nombre, no valla a poner que le he hescrito en papel de la señorita y se lo agradecerá mucho este que lo es, Pablo Garrido».

¿Y usted que ha hecho? interrogué al escritor —Decirle a mi secretario que escriba cuatro frases en una de mis novelas pequeñas y que se le envíe; por que al menos, me ha hecho gracia la originalidad—contesió

Y ahora queridísimo lector, viene lo más importante de este relato, o sea mi cinismo, que consiste sencillamente en levantarme de la cama a eso de las dos y veinticuatro de la madrugada avisale por teléfono a mi amigo y secretario, el paciente Juan, que viniese y se pusiera a escribir en la máquina, para informarles a ustedes de una cosa que estoy seguro no les ha de interesar lo más mínimo.

F. Martínez Mesa